

MI REINO POR EL CABALLO: LAS DOS MEMORIAS DE LISANDRO OTERO*

Enrico Mario Santí

Enrico Mario Santí coteja en este artículo las dos versiones del libro *Llover sobre mojado*, del influyente escritor, periodista y diplomático cubano Lisandro Otero. Las manifiestas diferencias entre las dos versiones —la primera publicada en La Habana en 1997, y la segunda en México en 1999—, señala Santí, hacen pensar que Otero tiene dos ‘memorias’: una dentro de la Revolución, destinada para el ‘consumo interno’ (Cuba), y otra fuera de la Revolución, ya que no contra ella, para el consumo externo (sobre todo en México). Para Santí, con todo, lo más grave y notorio de ambas versiones son los olvidos inexplicables y las verdades a medias de quien es hoy, posiblemente, el intelectual más importante del régimen castrista. Con esa mutilación de la memoria histórica —se pregunta—, ¿puede lograrse la ‘generosa conciliación’ de la mancomunidad cubana que, al parecer, Otero desea? Para ello —afirma Santí— Otero tendría que estar dispuesto a asumir su responsabilidad y abandonar la premisa que atraviesa su carrera y su memoria: la persistencia de la Utopía.

ENRICO MARIO SANTÍ. Nació en 1950 en Santiago de Cuba. Ph.D. en literatura latinoamericana, Universidad de Yale. Actualmente es profesor de literatura española y portuguesa en la Universidad de Georgetown (Washington D.C.). Premio Clark de Enseñanza Distinguida de la Universidad de Cornell. Director académico de la Fundación Octavio Paz.

* A propósito de *Llover sobre mojado. Una reflexión personal sobre la historia* (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1997) y *Llover sobre mojado. Memorias de un intelectual cubano (1957-1997)* (México: Editorial Planeta Mexicana, 1999).

El infierno de los tibios es el equívoco.

Octavio Paz

La trama visible de *Llover sobre mojado* abre con una alegoría resonante. Sentado en su jardín, el escritor admira “el sentido de responsabilidad” de los colibríes que acuden a libar. Ellos le hacen reflexionar “sobre los hechos transcurridos”, y también sobre “cómo valoramos el tiempo con el temor —más o menos encubierto—, de haber malgastado la única y preciosa existencia que nos fue dado disfrutar”. La alegoría intenta una apología: Otero insiste en haber actuado, como el colibrí, de manera responsable en la época que le tocó vivir. Sólo que a diferencia del animal, al escritor le asaltan dudas. “Me alivio al verlos porque admiro el inexorable método con que emplean el tiempo”. El escritor ve la naturaleza como espejo, pero su reflexión nunca penetra el espejismo. El ser pensante no es, no puede ser, como los pájaros. El colibrí actúa por instinto, no por decisión. Por eso, las dudas que asaltan al escritor surgen precisamente del abismo que separa al hombre de esa naturaleza irreflexiva pero que a la postre él reprime eficazmente. La alegoría resulta, por tanto, lo contrario de lo que su justificación requiere. La naturaleza será su espejo, pero lo que revela en el escritor, como en el colibrí, no es el sentido de responsabilidad sino el instinto de supervivencia.

La alegoría abre un marco en estas memorias publicadas en México que no se cierra sino catorce capítulos después, luego que Lisandro Otero narre cuarenta años de una vida y obra en la que dice haber “estado inmerso en la revolución cubana... un fenómeno totalizador que me ha ocupado cada minuto”. En efecto, Otero (La Habana, 1932) ha sido uno de los más fieles colaboradores del régimen de Fidel Castro en materia cultural y demás. Periodista, escritor, editor, funcionario, diplomático, y aspirante a político, representa casi perfectamente lo que Gramsci llamó “el intelectual orgánico”. (“No me cupo duda que la inteligencia era de izquierda”, dice). Describe una formación burguesa y lecturas marxistas, también el sombrío despertar a una izquierda urbana que recibía consignas de Europa, y especialmente de París, adonde Otero va a estudiar a los 22 años. Su regreso, en 1957, lo encuentra de camarada de gente como Armando Hart y Haydée Santamaría, inmerso en la clandestinidad urbana contra Batista, a cuyo colapso asistió en 1959 y tras el cual pasó a ocupar cargos de creciente importancia, o poder. “En el periódico *Revolución* asumí la conducción de la página editorial”, reza el primero de muchos galardones a los que pasará lista. Tras la fundación de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en 1961, a la zaga de las notorias “Palabras a los intelectuales” de Fidel

Castro, Otero es electo “para la secretaría de actividades culturales” y lo hacen el primer director de *La Gaceta de Cuba*, primera de varias jefaturas que ocupa. En 1963, el mismo año que asume la dirección de la revista *Cuba* (“edad de oro del periodismo revolucionario”), gana el premio Casa de las Américas con *La situación*, su cuarto libro y primera novela.

Para entonces Otero ha internalizado sus modelos: el escritor de acción (Hemingway, Malraux) y el intelectual sesudo y comprometido (Greene, Sartre). Su creciente importancia en el escenario cubano se refleja en las múltiples tareas que se le asignan en 1966, cuando el entonces Ministro de Educación José Llanusa le propone que asuma “la vicepresidencia del Consejo Nacional de Cultura”. El cargo equivalía a un comisariado “cuyo vasto plan”, según recuerda, “los obstáculos de la lucha ideológica impidieron realizar cabalmente”. Ese mismo año asume la dirección de otra revista, *Revolución y cultura*. Y al siguiente, una encuesta realizada por los jóvenes comunistas de *El caimán barbudo* desata una polémica alrededor de *Pasión de Urbino*, su segunda novela, del poeta Heberto Padilla, quien con imprudente honestidad la tildó como un “salto a la banalidad”, y de Guillermo Cabrera Infante, ya para entonces exiliado en España y autor de *Tres tristes tigres*, el libro que el Premio Biblioteca Breve, y de paso Padilla, favorecieron sobre el de Otero. Será apenas el primer capítulo de lo que en 1971 pasa a la historia como el ‘caso Padilla’: el poeta será arrestado, su autocrítica extraída, y una ruptura de la izquierda liberal con el régimen de La Habana consumida. El ‘caso’ dará lugar, ese mismo año, a que el régimen transforme la rutinaria reunión de educación para maestros de ese año en un excepcional congreso internacional en el que se sentaran las bases de la futura estalinización de la cultura y vida cubanas. Pero a pesar de todos estos antecedentes en los hechos del ‘caso Padilla’, Otero alega haber tenido una “casi nula participación”. Raúl Roa, canciller de Cuba a la sazón, le “propuso que pasara al servicio exterior”, aunque a la postre sería destacado no adonde Otero deseaba viajar (Italia) sino al Chile de la Unidad Popular. Hacia allá Otero viaja, según recuerda, con asombrosa precisión, “el lunes 22 de febrero de 1971”.

En 1973, semanas antes del golpe contra Allende, Otero regresa a una Cuba donde ya “se consolidaba un período de gran ortodoxia”. Era lo que Ambrosio Fornet, correligionario de Otero, cierta vez llamó con el mote minimizador de “quinquenio gris”, terror ideológico que había desatado la estela del ‘caso Padilla’ y la política que emanó del Congreso de Educación y Cultura. En la trama visible de estas memorias, es aquí donde se inicia un primer cambio psicológico en nuestro protagonista y donde por primera y única vez en todo su texto invoca su ‘error’: “Me decía que nos

hallábamos en una etapa de trabajo seco, duro, de consolidación económica”. En unos años, “dejaríamos entonces de concentrar las energías y dedicar los mejores hombres al manejo de los asuntos públicos. Estaba equivocado, desde luego. La pasión por la ideología es inseparable del sistema comunista de gobierno”.

Se inicia entonces un periplo fuera de Cuba: misiones diplomáticas que le permiten escribir por lo menos tres novelas más y varios libros de ensayos, viajes por Europa, África y Asia, destacado en Londres y Moscú. Así, recordará conversaciones, recepciones, viajes, tragos, comidas, *soirées* con una constelación internacional: Ernesto Guevara, Ilya Ehrenburg, Andre Malraux, Graham Greene, Régis Debray, Alejo Carpentier, Julio Cortázar, Margo Glantz, K. S. Karol, Ekaterina Furtseva, Italo Calvino, Mijail Gorbachov, Fidel Castro, entre otros. La impresión final que nos deja toda esa mareante tournée es la misma que a Otero le produce Guimaraes Rosa: un “congresista profesional” que “hablaba con lugares comunes y en un vacío teórico que no permitía vislumbrar las dimensiones de su genio”. Todo esto (Otero no precisa la cronología) más o menos hasta 1987, cuando regresa a La Habana. Para entonces dice traer consigo aires de *perestroika*, a cuyo origen dice haber asistido —el llamado ‘foro de Issyk Kul’ convocado por Gorbachov en 1986 que constituía “una iniciativa para encauzar a los intelectuales en una campaña en favor de la ‘nueva mentalidad’”. Salto hasta abril de 1989, cuando “saludé de nuevo a Gorbachov en La Habana”, y otro, enseguida, a Berlín, 1990, adonde llega ya no en misión diplomática, sino como becario del DAAD alemán, justo a tiempo para atestiguar la caída del Muro, lo que a su vez ocasiona una larga reflexión sobre el fracaso del socialismo real y sus repercusiones en Cuba.

Los últimos dos capítulos, donde Otero despliega una suerte de crítica de la política del régimen y narra sus últimas desavenencias, cierran el marco. Con la entrada en la crisis del socialismo hacia 1986 y la parálisis de la economía cubana, una “toma de conciencia” permite en Cuba que “los reformistas [ganen] la partida, al menos en ese instante”. (Pero no menciona sus nombres.) Critica que el gobierno tratase de “solucionar problemas económicos con medidas políticas”; le indigna que “un cubano no puede invertir en su propia patria”; y luego enuncia otra no menos aguda observación: “Es probable que el gobierno tema la formación de un poderoso sector privado que pueda convertirse en una fuerza política, amenazadora del control absoluto del partido único”. Reparte palos por igual a la Ley Helms-Burton y al exilio ‘duro’ —al que él llama, por etapas, “los revanchistas de Miami” y “los gánsters mafiosos”— para recomendar, finalmente, “un puente sin choques entre el autoritarismo y la democratiza-

ción”, lo que en su primer capítulo se anuncia como “generosa conciliación”. He aquí la naturaleza de la utopía que su primer capítulo invoca en medio de una suerte de expiación pública que Otero ostenta, pero cuyas razones no explica hasta el final.

Según revela, sus dificultades con el régimen comenzaron en abril de 1992, cuando publica un artículo en *Le Monde Diplomatique* en el que señalaba “la necesidad de abrir el espacio político a un pluralismo de ideas y, también, la necesidad de renovar los cuadros de dirección”. Por publicar ese artículo, en Cuba fue “marginado y agraviado, se ha querido silenciarme, y me he alejado de la vida cubana”. A esto le siguió un período de hostigamiento en Cuba: se le niega otra salida a España, se le exige una explicación oficial sobre su crítica publicada en el extranjero (“Les entregué un documento de seis páginas respondiendo a su requerimiento”), le suspenden conferencias y la presentación de una novela, lo despiden del trabajo, le niegan acceso a un trabajo pagado en dólares, lo jubilan antes de tiempo, el “Ministro de Cultura” dedica “un largo discurso a cubrirme de improperios y calumnias”, lo ingresan enfermo, y, por si fuera poco, un editorial en *Granma* alude, sin nombrarlo, a su “pose contestataria”. Afirma, finalmente, que “no he querido romper mis vínculos con la revolución, pese a las coyunturas propiciatorias a un desgajamiento”. En junio de 1992 sale rumbo a España, donde permanece dos años. Desde entonces vive en México, donde, según entrevistas recientes, se gana la vida como periodista y ha adoptado la ciudadanía mexicana.

Sólo al llegar al último capítulo es que el lector comprende el primero. Es ahí donde Otero se autojustifica y dramatiza la escena de su escritura: un intelectual revolucionario desilusionado —*ma non troppo*. Su coartada: la Utopía apoyada en la convicción religiosa: (“Eran los profetas de los tiempos nuevos, los predicadores de la Arcadia encontrada, cumplían con el apostolado que les venía impuesto por la historia; la hora de nuestra génesis había sonado”). Dos preguntas lo asedian: “¿Era posible lograr en Cuba una consolidación del triunfo revolucionario ante tantos obstáculos sin recurrir a métodos expeditivos?” Y luego: “¿Quién no era un exaltado de la izquierda durante la década del sesenta?” Sus múltiples e inmediatas respuestas formarán parte de un rosario de confesiones que quieren ser abyectas y, por ende, fidedignas: “Me comporté de acuerdo con los módulos de la época, me ubiqué en una intransigencia inflexible y me abandoné al arropamiento épico tan propio de los tiempos”. Su molino de viento: el Partido: “Cuando tuve la certidumbre de que esta aceptación del partido no tendría lugar el impacto fue terriblemente paralizante. Vi mi vida transcurrida como la del niño disciplinado, obediente, que aspira a recibir las

condecoraciones al final del curso [...] La reiterada negativa a dejarme entrar al partido era una clara manifestación de que no se me consideraba como uno de ellos”. Analiza el efecto que tuvo en él el rechazo del Partido como un avatar del rechazo de su padre, psicodrama que a su vez transfiere a su vida pública. “Aspiraba al reconocimiento social porque buscaba la aquiescencia de mi padre [...] a la vez me sentía frustrado como escritor: no había escrito lo que debía, ni en cuantía ni en calidad, porque empleé mi tiempo en tareas revolucionarias. No era un cuadro de la revolución ni tampoco un escritor maduro. El rechazo del partido me confinó, ya para siempre, a mi perpetua inestabilidad. Debí resignarme a la desubicación permanente”. El psicodrama produce, a su vez, esa política desubicada e inestable (“equidistante”, la llama en otro momento) bajo la anunciada égida de una generosa conciliación, suerte de maridaje de socialismo y economía de mercado que en la versión que da Otero de una Cuba futura sostendría la mancomunidad de cubanos de la isla y del exilio.

II

*Antes de responder a la pregunta “¿Ante quién soy responsable?”,
tienen que hacerse la pregunta “¿Quién soy?”*

*Eso es lo primero que se preguntaron hace un año o dos:
“¿Quién soy?”, “¿Soy político o intelectual?”*

Agnes Heller (1990)

La trama *invisible* de *Llover sobre mojado*, en cambio, dice otra cosa y desborda este resumen. También tiene otro, u otros, sentido(s). Lisandro Otero sería el típico intelectual revolucionario desengañado. Ha sido maltratado injustamente por el mismo régimen comunista al que sirvió con obediencia durante toda una vida y a pesar de su obra. Su texto es un ajuste de cuentas: justifica su devoción a una causa, denuncia los excesos del socialismo, y de paso algunos del castrismo, y finalmente asciende a una altiplanicie, plena de sabiduría, en base de la cual formula una política híbrida que a su vez propicie, como dice, “otra vez la utopía”: la “generosa conciliación”. Sin embargo, todo esto equivale, en términos de su alegoría inicial, menos al espejo que al espejismo. Se trata del deseo de Lisandro Otero, no de su realidad. El espejo devuelve una imagen más compleja, o al menos mucho más borrosa.

Empezando por las dos versiones de su texto. Evito por el momento decir ‘memorias’ porque el propio Otero desautoriza el término, a partir de

la primera versión, publicada hace dos años en La Habana, con el subtítulo de “Una reflexión personal sobre la historia” y que él quiso conservar en la edición mexicana. En *Excelsior*, hace poco (16 de abril, 1999, 28-A), se quejó de que Planeta le hubiese cambiado el subtítulo original “sin mi consentimiento —y de manera desafortunada— a ‘Memorias de un intelectual cubano’”. Yo quise borrar todo lo referente a matrimonios, hijos, encuentros personales, no obstante que hay muchas vivencias personales, pero todas en relación a la historia, las cuales ayudan a reflexionar sobre el momento histórico determinado”. La queja es contradictoria: lo *personal* de la reflexión hubiese dado cabida a la dimensión íntima o privada, en cambio, el término ‘memorias’, al menos como definición genérica, es lo que precisamente articula la historicidad del sujeto y lo sitúa en relación con el tiempo, la cultura y el cambio. Todas las ‘memorias’ son históricas y culturales, y ésta ciertamente aspira a serlo.

Pero se entiende que publicar un libro de ‘memorias’ significa un riesgo, aun cuando la “reflexión personal” que Otero publicó en La Habana en 1997 es mucho más cauta que las “memorias” que saldrían después. Al parecer, Otero tiene dos memorias: una dentro de la revolución y otra fuera, ya que no contra ella. Llamar un texto “reflexión personal” equivale a invocar algo como ‘licencia poética’: sobre gustos no se discute. Y sabemos que en Cuba hoy, nadie, ni siquiera alguien con el historial de Lisandro Otero, tiene licencia para establecer la historia. Si estas ‘vivencias personales’ están en relación con la historia, llamarlas ‘memorias’ las revestiría de una responsabilidad que el autor, al parecer, no está dispuesto a asumir.

El rechazo de esa responsabilidad se manifiesta de otras maneras, algunas ingeniosas. Un cotejo de las dos versiones revela, primero, que la versión cubana no contiene ni la crítica de la política del régimen ni la descripción del hostigamiento oficial que, según Otero, empezó a padecer a partir de abril de 1992. Faltan las últimas 21 páginas. Como en la versión mexicana su crítica al régimen completa la autocrítica del primer capítulo, explicando así las razones materiales del cambio psicológico, moral, y tal vez político, su ausencia de la versión cubana produce un sentido distinto. En las “memorias” el efecto es el de una suerte de conversión, en la “reflexión personal” es el de una autocrítica, tan abyecta o más que la que el régimen le impuso a Heberto Padilla hace casi cuarenta años. Para efectos de consumo interno, en su “reflexión” Otero aparece como oveja descarriada, arrepentido de su pose contestataria desde el extranjero, y ahora de regreso al redil... o casi. Para efectos de consumo externo —sobre todo en

México, ‘país hermano’— las “memorias” dan la imagen de un disidente moderado, capaz de hacerle la crítica al régimen pero inmune al ‘veneno’ de la ruptura. En otras *addenda* Otero hace afirmaciones que en la Cuba actual no podría sostener. Rechaza la acusación de que fue “un escritor oficial del poder cubano” (pp. 20-91); describe su raigambre aristocrática en la alta burguesía cubana (pp. 36-38); afirma que “el famoso Boom no hubiese existido de no ser por la Casa [de las Américas] y la revolución” y sostiene que la Casa defendía “la más absoluta libertad de creación” (pp. 127, 141); narra su experiencia en Chile, y cómo su libro *Razón y fuerza de Chile*, escrito en 1973, a raíz del golpe, y basado en su experiencia chilena, fue censurado hasta 1980 (pp. 216-217); describe su experiencia en la Unión Soviética y los cambios políticos y sociales que dieron lugar al ascenso de Gorbachov (pp. 229-240). Nada de esto aparece en la versión cubana de 1997.

La “reflexión personal” tiene más en mente al lector cubano que está familiarizado con el folklore interno. Narra varias escenas más de la lucha clandestina contra Batista. Describe anécdotas, algunas chistosas, sobre personajes de la farándula cultural como Cabrera Infante, Virgilio Piñera, Otero Silva, Carpentier (una, de muy mala leche, es genial y tiene punta: Lezama Lima abraza a Armando Hart y le susurra al oído: “¡Qué lejos has llegado, Armandito!”). Cuenta el origen de varias de sus novelas. Pero Otero también relata incidentes que, dados a conocer fuera de Cuba, resultarían políticamente incorrectos. Por ejemplo: en 1965 hubo una protesta de intelectuales contra la caza de brujas de homosexuales de las UMAP (pp. 111-114); en reuniones con aprendices de revolucionarios latinoamericanos los cubanos se jactaban de que ellos sí “habían profundizado más en su actitud revolucionaria” (p. 126); tuvo una gran vida social en Londres, cuando fungía de diplomático, y asistió a elegantes *soirées* con gente como Roberto Matta y Carpentier (pp. 222-228); critica al nuevo Berlín unido y al peligroso parecido físico entre Kohl y Bismarck (pp. 262-267). Fuera de Cuba estos relatos resultarían o bien comprometedores o podrían empañar la imagen de revolucionario ascético de Otero. Pero una pregunta fundamental recurre a través de la lectura: si Lisandro Otero está desengañado del régimen, decide irse del país, se aleja del contexto cubano, se hace ciudadano mexicano, y luego escribe unas memorias donde critica la política pública y el maltrato personal, ¿por qué entonces publica una versión censurada en Cuba? Que Otero tiene el derecho a hacerlo nadie se lo niega. Que su memoria desdoblada crea grandes dudas tampoco se puede negar.

III

*Protégete de los vacilantes
porque un día sabrán lo que no quieren.*

Heberto Padilla

Varias veces a lo largo de sus textos Otero se queja de los “ajustes de cuentas” que se le han sacado en cara desde que se fue de Cuba y siguió publicando sus puntos de vista sobre la situación cubana. En un libro anterior (*La utopía cubana desde dentro*, 1993) recuerda cómo un ensayo suyo en el *Washington Post* fue criticado por exiliados cubanos, quienes aprovecharon para recordarle su pasado como funcionario del régimen: “Se atrinchieron en su terco aborrecimiento y su anacrónico apego al pasado. Una vez más sacaron a relucir sus sicilianos ajustes de cuentas” (p. 105). En las “memorias” dice: “Cuando algún periodista se remite a mis antecedentes suele referirse a mi supuesto dogmatismo de entonces, a mi celo jacobino, a mi adhesión lineal a los principios, no dejo de sonreír ante tanta superficialidad. Sólo quien desconoce el torbellino de una revolución y el ritmo envolvente de ese tiempo histórico puede no entender el clima religioso que fuerza a una devoción más allá de toda racionalidad” (p. 20). Dejo a un lado por el momento esta última justificación para señalar otra cosa: que Otero nunca llega a plantearse la razón por la cual tales ajustes de cuentas, sicilianos o no, resultan necesarios. En el caso que cita, Otero habla sobre las “serias consecuencias en [su] vida profesional” que tuvo el hostigamiento dirigido contra él. Nunca repasa, en cambio, su pasado como colaborador del régimen, ni asume la responsabilidad por aquellos daños que sus acciones, o subtracciones, tuvieron sobre personas específicas, o sobre la vida pública. *Llover sobre mojado* constituye, en efecto, un ajuste de cuentas, escrito, entre otras razones, para ahuyentar de una vez por todas esos demonios sicilianos que acosan a su autor y ponga la fiesta en paz. Sólo que con semejante trama invisible, y con tal mutilación de la memoria histórica, ¿cómo diablos hacer que el exorcismo funcione?

Por eso el libro contiene, además, otra trama, ni visible ni invisible sino, como he dicho, *transparente*. Consiste no tanto de lo que dice como de lo que deja de decir: los olvidos en que caen muchos datos que Otero vivió pero que decide pasar por alto, o que cuando sí comenta cae en contradicciones de una torpeza casi tierna. “Romper la cronología, mezclar”, le confesó Otero a Fogel y Rosenthal en 1990, “es adaptarse al hecho de que debe haber vacíos. Al contar la historia de Cuba no puedo decirlo todo” (*Fin de siglo en La Habana*, Buenos Aires: TM Editores, 1994,

p. 476). Pero entonces Otero se refería a una de sus novelas, *Árbol de la vida*, y estaba congelado en Cuba. ¿Por qué hacer lo mismo ahora en una “reflexión personal” y ya a salvo en la cálida altiplanicie?

La narración de su vida intelectual comienza con el capítulo 3, correspondiente a 1953, cuando viaja por primera vez a Madrid y al año siguiente a París. Se refiere varias veces a penurias económicas y a la camaradería que encontró entre empobrecidos compatriotas. Sin embargo, no dice lo que todo el mundo en Cuba sabía entonces: que pudo costearse el viaje y la estancia de cuatro años en Europa gracias a una ‘botella’ (sinecura en Cuba) que se consiguió entonces. Es notable que, casi como un regreso de lo reprimido, páginas antes de narrar su estancia parisina Otero defiende al actual régimen y observa que “la ineficiencia de la administración pública es un mal menor comparado con las malversaciones y la incuria de los gobiernos del pasado” (p. 24).

Es cierto que a su regreso Otero se distinguió pronto por su excelente trabajo como periodista en *Bohemia*, que él llama con razón una revista “oposicionista”. Pero olvida llamarla también liberal y anticomunista, que era lo que verdaderamente distinguía a *Bohemia* dentro del escenario nacional. Después del primero de enero, Otero pasa, en efecto, a trabajar de redactor en *Revolución*, el diario que dirigía Carlos Franqui. Pero no es cierto, como ahora dice, que “asumiese la conducción de la página editorial” (p. 76). *Revolución* no tenía página editorial. Si se revisan viejos números de *Revolución* se verá que lo más parecido era la diaria columna “Zona rebelde” en primera plana, no en sección aparte, y que estaba a cargo de varios otros redactores, como Euclides Vázquez Candela y Franqui. Los olvidos de Otero sobre *Revolución* son, por cierto, múltiples y manifiestos. Por ejemplo: la invitación a que Sartre visitase La Habana en 1960 vino por el periódico, no el gobierno. Igual ocurrió con la invitación a Pablo Neruda, cuya presencia en La Habana, por cierto, despertó tantos recelos entre viejos estalinistas del Partido Socialista Popular (sobre todo Guillén ‘el malo’) que terminaron sabotando el recital masivo que daría el poeta chileno en la llamada Plaza de la Revolución.

Otero dedica un par de páginas a su actuación durante la invasión de Playa Girón en abril de 1961. No recuerda, sin embargo, un dato que todo el mundo también sabe: que durante los primeros días de la invasión él y su entonces esposa, Marcia Leiseca, fueron denunciados por el Comité de Defensa de su barrio como “gusanos” (la suegra de Otero acababa de solicitar asilo en una embajada); que fueron detenidos durante 48 horas por la policía junto con otros cien mil sospechosos que el régimen recogió; y que sólo fue cuando Otero llamó a Carlos Franqui para que los rescatara

que la pareja salió libre. Las razones de esa sospecha oficial no provenían precisamente del asilo de la suegra. Era la filiación batistiana y burguesa de su familia. Tanto fue así que cuando Otero participa en la lucha clandestina contra Batista, que él narra en parte, la tarea más importante que le asignó el Movimiento 26 de Julio fue la de sostener contacto con la embajada de Estados Unidos. Igual ocurrirá después del triunfo, durante la reunión de Punta del Este, a la que acudieron varios jefes de la revolución, como Ernesto Guevara u Osvaldo Dorticós, presidente títere. Antes de partir, este último tomó la precaución de vetar la presencia de Otero en el cuerpo de periodistas porque la policía aseguraba que trabajaba para la CIA.

Sobre el *affaire P.M.*, el inocente corto de 1961 que sirvió de pretexto para imponer la censura, Otero dice, con razón, haberse puesto de parte de los liberales. Pero no saca la única conclusión incómoda que se deriva de esa crisis: que *P.M.* era sólo el anzuelo para eliminar *Lunes de Revolución* y a su grupo porque su influencia era una amenaza. Como recién ha dicho Alfredo Guevara, con su habitual elocuencia: “*P.M.* no es *P.M.* *P.M.* es *Lunes de Revolución*, es Carlos Franqui” (*Revolución es lucidez*, La Habana, 1998, p. 89). Como tampoco recuerda que parte de lo que él mismo llama su “quizás excesivamente prolongada intervención” en esa notoria reunión atribuyó las dificultades de intelectuales y artistas con el régimen a que la revolución no había creado un “Foro de Yenán” que sirviera de guía. (Según cuentan, Fidel Castro recordaría esa observación como “sesuda y erudita”.)

En su capítulo 5 narra algunos de los hechos de su nombramiento a la “vicepresidencia del Consejo Nacional de Cultura”, lo que en aquel momento equivalía a la posición relativamente poderosa de Director de Cultura. También habla del célebre Salón de Mayo de julio de 1967. Sólo que al narrar los dos acontecimientos en secuencia inversa (pp. 90-91), desecha su parte de la responsabilidad en la organización del Salón, y de paso obvia una vez más a Franqui, quien fue el de la idea de traer el Salón a Cuba desde Francia. Tan estrecha era la relación entonces entre Otero y el Ministro Llanusa —y tanto compartían el poder en materia de cultura— que en una entrevista reciente Antón Arrufat recordó a Otero no por el cargo oficial que entonces ocupaba sino por lo que significaba: “en esa época Lisandro era el secretario privado de José Llanusa, el ministro de Educación que tenía a su cargo el Consejo Nacional de Cultura cuando todavía no se había creado el Ministerio” (*Crítica, Revista Cultural de la Universidad Autónoma de Puebla*, Nueva Época, Vol. 65, abril-mayo, 1999, p. 61). No sabemos si fue ésta la posición más poderosa que Otero alcanzó. Lo cierto es que en sus memorias apenas lo menciona y se escabu-

lle hábilmente del cargo. *Et pour cause*. Fue bajo su dirección que la incipiente política cultural del régimen comenzó a implementarse y que desembocó, al final de su plazo, en el Congreso Nacional de Educación y Cultura de 1971, donde se tomaron las medidas de represión fascista que imperan hasta hoy día¹. Pero de este tema tampoco habla. Hay testimonios, además, de que, en su puesto de Director de Cultura, Otero quiso mandar a detener a Jorge Camacho y Agustín Cárdenas a su arribo a Cuba, dos artistas cubanos ya residentes en París que participarían en el Salón. Años antes, Camacho y Cárdenas habían aprovechado becas del nuevo gobierno para estudiar en París pero nunca habían regresado (situación análoga a la del escritor Severo Sarduy). Por fortuna, la intervención de otros funcionarios lo impidieron. Pero poco después el Director tendría más suerte.

Tras su visita a La Habana y participación en el Salón de Mayo los artistas invitados donaron sus obras, que pronto se acogieron en un nuevo Museo de Arte Moderno, situado en La Rampa, en el edificio de la antigua Funeraria Caballero. El 13 de marzo de 1968, conocido como el Día de la Ofensiva Revolucionaria, Fidel Castro pronuncia un discurso que marca el comienzo de la definitiva estalinización del país. A partir de ese momento se confiscan todos los pequeños negocios, desaparecen los artesanos y pequeños oficios, se declara una ‘Ley seca’, y se clausuran bares, cafés y hasta las populares *guaraperas*. Una de las contribuciones de la Dirección de Cultura a esta nueva ‘ofensiva’ fue enviar, al día siguiente del discurso, una brigada de policías a que destruyesen a hachazos las piezas que los artistas invitados al Salón habían donado y que guardaba el Museo. No era la primera vez que el arte moderno se consideraba ‘degenerado’. Otero no menciona ni el discurso ni este otro conocido incidente, suerte de *Kristallnacht* en La Rampa, ni el cierre definitivo del Museo, que ocurrió poco después. En realidad, no habla apenas de su gestión como Director de Cultura, que ocupó durante cuatro años. Aunque es cierto que en el primer capítulo sí reconoce que “insensiblemente me fui convirtiendo en un fanático. Me deje arrastrar por un radicalismo, muy a tono con los tiempos” (p. 23).

Sí aborda, en cambio, y con lujo de detalles, la polémica de mayo de 1967 en *El caimán barbudo* sobre *Pasión de Urbino* y *Tres tristes tigres* a que antes aludí. Pero si se revisan los textos de aquella polémica se verá que el resumen que ahora ofrece peca de imprecisión. Es equívoco alegar, por ejemplo, que al criticar la novela de Otero y elogiar la de Cabrera

¹ Ese mismo año Otero estuvo a cargo de la primera recopilación de documentos justificatorios de esa política; véase *Política cultural de Cuba* (París: UNESCO, 1971).

Infante “Padilla llevaba el debate literario al terreno político” —a menos que piense que criticar la novela de un Director de Cultura y elogiar la de un colega emigrado que ganó el premio por el que ambos compitieron fuese un expreso delito. Dice además que “la polémica quedó suspendida por una decisión política”. Pero no dice por qué fue suspendida ni quién tomó la decisión. Lo que ocurrió fue que la polémica causó tanto revuelo que fue despedida la redacción completa de *El caimán barbudo*, entre ellos el escritor Jesús Díaz, su fundador. Resulta imposible creer que, habiendo ocupado en ese momento la Dirección de Cultura, Otero no recuerde quién fue el responsable de terminar de ese modo tan drástico la polémica en la que él mismo fue protagonista. En cambio, sí se esmera, a propósito del ‘caso Padilla’, en señalar la cronología entre este primer episodio de 1967 y el arresto y autocritica de Padilla cuatro años después. “He puesto tanto énfasis en las fechas”, dice, “porque son muy importantes para seguir esta polémica. A menudo se omite la secuencia temporal y se hace ver que Padilla criticó el libro de un funcionario, quien se vengó prohibiéndole la obra y lo hizo encarcelar por haberla escrito [...] no hay relación de causa y efecto, salvo la creciente irritación que producía Padilla con su actitud” (p. 99). El “funcionario”, bien entendido, es el propio Otero. Y si no es él, entonces ¿por qué invocar la tercera persona?² Pero si observamos bien, la cronología que ahora ofrece no contradice en realidad esa sospecha, al contrario, el tono defensivo la confirma. Al resumir los hechos del ‘caso’, Otero afirma, una vez más, su “casi nula participación en ellos” (p. 98). Ha de ser un “casi” muy grande. Jorge Edwards recordó, en *Persona non grata* (1973), que cuando se produjo el incidente de *Fuera del juego* a fines de 1968, oyó a Lisandro Otero exclamar: “Ahora vamos a poder romperle los cojones a Padilla”. Otero recuerda, además, que a principios de noviembre de 1968 “comenzaron a salir en la revista *Verde Olivo*, órgano de las fuerzas armadas, una serie de artículos firmados con el seudónimo de Leopoldo Ávila”. En esa fecha, Otero vivía en Cuba, era el Director de Cultura y dirigía no una sino dos influyentes revistas del régimen. Pero Otero no especula sobre la identidad del tal “Leopoldo Ávila” y evita decir lo más importante. Esos artículos, publicados a raíz del premio UNEAC de ese

² En un artículo anterior sobre el mismo tema, Otero recurre a una fórmula parecida: “En las múltiples deformaciones que se han hecho del llamado ‘caso Padilla’, la más común consiste en omitir la cronología de los acontecimientos, de lo cual se deduce que Padilla criticó a un alto funcionario que se vengó prohibiéndole un libro y que se le encarceló por haberlo escrito”. Véase *Disidencias y coincidencias en Cuba* (La Habana: Editorial José Martí, 1984), p. 94, primero publicado en *Excelsior* (17 y 19 de octubre, 1983). Fogel y Rosenthal afirman, en un libro donde también se entrevista a Otero, que él fue “el autor de la principal acusación contra el poeta Heberto Padilla”, p. 475.

año a *Fuera del juego*, de Padilla, y *Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat, no es que “acusaban a la literatura cubana de despolitización”. En realidad, eran ataques a los dos escritores. Entre las muchas revisiones a que se sometieron estas “memorias” para su nueva publicación, ¿no podía Otero haber aclarado este pequeño detalle para beneficio de su lector mexicano? Un último dato sobre la cuenta defensiva: la mala memoria que afecta a Otero en otros pasajes se vuelve prodigiosa al recordar tanto el día exacto del arresto de Padilla (“veinte de marzo” de 1971, p. 99), como, 77 páginas después, el de su partida hacia Chile (“el lunes 22 de febrero salí hacia Santiago”, p. 176). Todo lo cual demuestra que, cuando es cuestión de protegerse, ¡no hay nada como echar números!

Lo que definitivamente comprueba que Otero sí estaba al tanto de lo que ocurría en Cuba con Padilla es la conocida carta que el 28 de mayo de 1971 le escribe a J. M. Cohen, el mismo J. M. Cohen “arrogante inglés” a quien Otero ahora acusa de “poca ética y tanta doblez” (p. 98) por haber declarado públicamente su preferencia por Padilla cuando en 1968 fungía como miembro del jurado que le otorgó el premio a *Fuera del juego*. Tres años después, cuando Padilla cae preso, Cohen le escribió a Otero en Santiago de Chile pidiéndole que intercediese por él. En el resumen del incidente que hizo Carlos Alberto Montaner: “Otero temió que la carta hubiera sido abierta por Seguridad del Estado y se llenó de terror. La respuesta que le envió al buen Cohen es, a un tiempo, una increíble bajeza y una ingenua muestra de su pánico [...] Otero hizo copias para Seguridad del Estado, la UNEAC, Casa de las Américas y cuanto organismo exigía pruebas de la más sumisa lealtad. Esas copias circularon en Cuba” (*Informe secreto sobre la Revolución cubana*, Madrid: Sedmay Ediciones, 1976, p. 130). No cito de esa respuesta. Basta reproducirla en un apéndice.

Habla después, con franca nostalgia, “de la edad de oro del periodismo revolucionario” cuando dirigía la revista *Cuba*, hasta 1968, y que él se propuso reformar “con las técnicas norteamericanas de periodismo [...] La revista debía ser, tal era mi propósito, una vitrina para lo mejor de nuestra cultura, en el sentido más amplio de la palabra” (pp. 86-87). La revista *Cuba* fue, en efecto, la versión cubana de *Life* que vendía la imagen de la joven revolución para el extranjero. Pero fue también una publicación que el régimen utilizó de diversos modos para usos de propaganda, más allá de la cultura. Otero no menciona lo que tiene que haber sido el caso más notorio de falsificación en toda la historia del periodismo cubano y que se debe precisamente a esa publicación cuando él la dirigía —el blanqueamiento de la figura de Carlos Franqui de la foto de Fidel Castro llamando a la huelga general el 1º de enero de 1959 en Palma Soriano. En esta conocida

foto histórica, que luego pasó a ser la portada del libro *Retrato de familia con Fidel* (1981), Fidel Castro aparece hablando por Radio Rebelde, órgano del Movimiento 26 de Julio, por un micrófono que sostenía en la mano Jorge F. Mendoza, uno de los locutores. En la foto original, el perfil barbado de Franqui, director a la sazón de Radio Rebelde, aparece entre los dos hombres; en la versión que en 1968 publicó la revista *Cuba* (Año VII, No. 78, octubre 1968, p. 106, foto 242), la imagen de Franqui desaparece. No era para menos: para entonces Franqui, influyente dirigente histórico del 26 de Julio, compañero de Fidel Castro, y antiguo director del periódico *Revolución*, ya se había ido del país y había roto con el régimen. Personas así ya no podían existir en la memoria histórica, y la revista *Cuba* se prestaba para hacerlas desaparecer. ¿Tenía Otero en mente esta foto cuando habló de las técnicas del periodismo norteamericano que él quiso incorporar a la revista, o como ejemplo de “lo mejor de nuestra cultura”?

Hay otras lagunas en la memoria de Lisandro Otero que intrigan al lector. ¿Por qué defiende su participación en la famosa carta de 1966 contra Pablo Neruda a sabiendas que se trataba de una intriga personal de Nicolás Guillén, enemigo personal del poeta chileno? Guillén, a su vez, era un instrumento del régimen, que quería criticar al Partido chileno a través de Neruda por su falta de solidaridad con el nuevo Partido cubano, recién fundado. También evita mencionar, excepto de pasada, a Carlos Fuentes, a quien él y Ambrosio Fornet acusaron de fascista cuando en 1968 publicó *Cambio de piel*. Por otra parte, ¿por qué saca Otero de la versión mexicana la extensa discusión sobre las UMAP, los campos de concentración para homosexuales, que sí abunda en la versión cubana (pp. 109-111), y luego reduce esas tres páginas a un refilón con Graham Greene (p. 208) donde, por cierto, llama a Somerset Maugham “homosexual vergonzante”? (Otero por cierto dedica varias páginas a Greene en sus memorias, qué raro que Greene no mencione a Otero en las suyas.) No revela Otero nada, tampoco, sobre sus labores como ‘consejero cultural’ de la embajada cubana en Chile. Durante esos dos años tiene que haber intimado con Antonio de la Guardia, uno de los dos mellizos que en 1989 Fidel Castro ejecutaría junto al Comandante Arnaldo Ochoa Sánchez, pero que en ese entonces estaba encargado por el régimen de la seguridad de Salvador Allende. De hecho, el ‘caso Ochoa’, que ocurre en 1989, cuando Otero aún vivía en Cuba, y antes de su estancia en Berlín, y que conmovió al país y al continente, también brilla por su ausencia. Como también está ausente la persecución, exilio interno y posterior deceso de José Lezama Lima, en 1976, sobre quien, en un ensayo de 1983, durante su anterior encarnación como vocero del Ministerio de Relaciones Exteriores, Otero escribió intentando minimi-

zar la inquina del régimen hacia Lezama en respuesta a las críticas del exilio (“Para una definición mejor de Lezama Lima”, en *Disidencias y coincidencias en Cuba*, pp. 96-103). Tampoco recuerda Otero su asistencia como jefe de la delegación de Cuba al Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas en junio de 1987, que conmemoró el cincuentenario del II Congreso Antifascista. ¿Acaso recordaría cinco años después, en medio del hostigamiento del régimen, las palabras que pronunció en aquella intervención?: “La consolidación de la revolución ha permitido el surgimiento de una democracia institucionalizada. Los derechos civiles y políticos de los ciudadanos están plenamente garantizados en nuestro país [...] Existen además otros derechos que no existen en otros países, por ejemplo, el derecho al trabajo, a la salud, a la igualdad ante la ley con independencia de raza, el derecho a la educación, el derecho a la crítica” (*Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas*, ed. Joan Álvarez Valencia; Valencia: Generalitat Valenciana, 1987, III, p. 924.)

El olvido más flagrante de todo el libro es sin duda el intento fallido de Otero por acceder a la presidencia de la UNEAC en 1987, cuando se le ordena que regrese a Cuba de su puesto en la embajada en Moscú. Para entonces Nicolás Guillén, presidente de por vida de la UNEAC, está enfermo de cáncer y necesita un relevo. Según Fogel y Rosenthal (p. 475), Otero regresó de “presidente interino”, pero la carátula de la versión mexicana afirma que fue “presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba”. Los mismos autores señalan que “en 1988 Aldana deseaba que él fuera el presidente de la UNEAC” (p. 476). Se refieren a Carlos Aldana Escalante, antiguo secretario del Comité Central del Partido y poderoso director del Departamento de Orientación Revolucionaria, hoy en desgracia. Aldana, de fama reformista, fue por un tiempo el número tres en la jerarquía política del régimen, al igual que Ochoa lo había sido en la militar. Pero en cuestión de meses esos dos números tres se convirtieron en ceros —a la izquierda, desde luego.

Desde su puesto apadrinado, en 1987 Otero intentó una reforma democrática de la UNEAC y amplió una membresía que, de paso, reforzara su candidatura a la presidencia. Pero nunca anticipó ni que Aldana ya estaba en la mirilla ni que sus propios enemigos dentro de la UNEAC le harían una campaña negativa que terminarían descarrilándolo. Una “Banda de cuatro” —los escritores Osvaldo Navarro, Raúl Luis, David Buzi y Gustavo Eguren, el anti-Otero— fue tan eficaz que la noticia del escándalo llegó a oídos de Armando Cristóbal Pérez, el hombre del Partido en la UNEAC, quien informó en detalle. La controversia alrededor de la candidatura de Otero iba en contra de los intereses del Partido. En una reunión

preliminar de la UNEAC, Armando Hart, Ministro de Cultura, se hizo eco de los problemas, y al final terminó señalando a Abel Prieto como su candidato a la presidencia. Prieto no tenía, ni tiene, las credenciales ni la obra de Otero. Pero sí era hombre de confianza del Partido y también, al decir del poeta Fernández Retamar, “un hombre de transición”. (¿Será por eso que luego lo hicieron Ministro de Cultura?) El congreso celebrado a fines de enero de 1988 sólo confirmó la decisión. En el discurso de cierre, Carlos Rafael Rodríguez, viejo estalinista miembro del Comité Central, dio a entender la justificación pública de la destitución: “Lenin descubrió el origen de esa reserva instintiva de los trabajadores hacia los hombres del arte y de la cultura cuando aludió al ‘señoritismo intelectual’ que afecta a la mayoría de ellos” (*Granma*, 29 de enero, 1988, p. 3). Era el viejo “pecado original” del que había hablado el Che, cuya expiación los intelectuales sólo podían lograr con el suicidio, y del cual Otero aún padecía.

Considerando su vasta hoja de servicio, la destitución tiene que haberla sentido como un desplome. Sobre todo, porque su agente activo había sido nada menos que Armando Hart, entonces Ministro de Cultura, quien, según Otero, prácticamente le debía la vida por el incidente durante la lucha clandestina contra Batista que cuenta en el capítulo 2. (La revancha se resiente más en la versión cubana de las memorias: es ahí donde cuenta la pulla de Lezama contra Hart.) En el rejuego político, sobre todo la asociación con Aldana, las cosas fueron de mal en peor. De ahí la decisión de Otero de ausentarse del país en 1990, no ya con un cargo oficial sino como becario de la DAAD en Berlín, donde fue testigo de la caída del Muro. Para cuando Fogel y Rosenthal entrevistan a Otero en La Habana, a su regreso en 1991, confiesa que “Ya soy incapaz de encontrar la concentración para escribir una novela. Por eso me puse a escribir mis memorias” (p. 476). Se trata de un personaje en busca de un papel: “Yo mismo, soy consejero del ministro, con un salario alto. Pero en la realidad soy un hombre aislado” (p. 477).

Es esta crisis moral la que desemboca en la otra, más decisiva, de abril de 1992, cuando Otero publica el célebre ensayo en *Le Monde Diplomatique*, donde pedía, según ahora resume, “una renovación del sistema” (p. 257). Sin embargo, “la publicación de ese artículo fue el punto de partida de una nueva coyuntura en mi existencia”. Según Otero (*La utopía cubana desde dentro*, p. 57), el artículo se publica a petición de Ignacio Ramonet, director del mensuario francés. En abril de 1992 aparece en París con un cintillo tronante: “Manifiesto por una renovación política” y con un título semejante: “Lo que debe absolutamente cambiar en Cuba”. En el artículo habla, entre otras cosas de la necesidad de abrir espacios políticos,

reformular la economía y reemplazar el liderazgo luego de tres decenios de mando. Pero a su llegada a Puerto Rico, a principios del mismo mes, se sorprendió ante la acogida de su artículo: negó que fuera un disidente, insistía en que era “un escritor revolucionario”, y alegó que la traducción francesa tenía errores de interpretación. En una entrevista en *Proceso* (Nº 812, 25 de mayo, 1992, pp. 40-43), a su regreso a La Habana, todavía insistía en que la llamada remoción de Fidel Castro había sido un error de traducción (“dije ‘funcionarios’ y el traductor escribió: ‘dirigentes’”). Pero sobre todo se extrañaba por el revuelo que su artículo había causado en Cuba (“no es la primera vez que escribo esto”), y afirmaba que por haber lanzado esas opiniones “no he sido condenado a la hoguera. En Cuba hay mucho más margen de discrepancias de lo que se suele admitir en el exterior”.

Su extrañamiento estaba total e íntegramente justificado. Otero no era el único que había lanzado esas críticas. Las había lanzado el propio Partido, en el foro de su cuarto congreso, pocos meses antes de que se publicara el artículo. Una ‘puesta sobre el tapete’ formaba parte entonces de la estrategia de ‘rectificación’ del régimen, suerte de versión barata de la *glasnost* soviética que ayudara a contener el dique de los nuevos cambios. Además, un año antes, en junio de 1991, Otero estaba sobre aviso: ya había sobrevivido otra crisis, la de la *Carta de los Diez*, en la que un grupo de escritores criticaba la censura del gobierno. Otero primero se negó y después accedió a firmar una contra-carta de la UNEAC contra esos disidentes alegando, precisamente, “un intento de manipulación desde el extranjero” (*Fin de siglo en La Habana*, p. 478). Al revuelo del artículo en *Le Monde* no dejó de contribuir, por cierto, el propio exilio que ávido lo leyó como la ruptura de un desafecto. Los que insistieron en semejante lectura no se fijaron, como escribí oportunamente (*Vuelta*, 189, agosto de 1992, pp. 70-71) en que en un pasaje Otero mencionaba a “la Unión Soviética” cuando esa entidad política había dejado de existir hacía más de seis meses. Todo lo cual demostraba que su reacción no podía haber sido una protesta espontánea. En realidad, se venía cocinando desde mucho antes por órdenes del régimen. Franqui dio en parte del clavo cuando reaccionó diciendo que trataba de “crear una falsa atmósfera de tolerancia en la isla con vistas a la próxima visita de Castro a España para asistir a la segunda cumbre de países iberoamericanos”. No era para menos. Poco antes, la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en Ginebra había condenado al régimen, y la visita de Castro se esperaba no sólo en la cumbre de Madrid, que coincidía con el V centenario del Descubrimiento, sino en la Expo de Sevilla, donde iba a pronunciar un discurso el 26 de julio. Muchas cosas estaban en juego. Otero preparaba el terreno.

Lo que no era evidente entonces, sobre todo para Otero, era que todo había sido una trampa —o para decirlo en buen cubano: ‘que le hicieron la cama’. La hoguera que él se afanaba en negarle a *Proceso* en mayo de 1992, empezaba a arder. El mismo día en que se publicaba esa entrevista en México, Abel Prieto, presidente de la UNEAC, decía en *Granma* que “ha habido traidores, gente que se está prestando abiertamente al juego de la campaña contra Cuba”. Dos días después, volvió a la carga: “defender un espacio para el debate no significa tolerar el uso de tribunas para los que coquetean con posiciones ambiguas, atacan la solidaridad con Cuba y tratan de crearse una supuesta imagen heterodoxa en medios de prensa foráneos en francas actitudes oportunistas”. Ese mismo día (27 de mayo) “El ministro de Cultura [léase: Armando Hart] dedicó un largo discurso a cubrirme de improperios y calumnias delante de una vasta asamblea de escritores y artistas”. (Por cierto: si no son ciertas ¿por qué Otero no aprovecha la ocasión ahora para desmentirlas?) Finalmente, cita la sentencia que publica el *Granma* del 28 de mayo, al informar sobre la reunión de la UNEAC: “lo inaceptable que resulta la pretensión de influir en el debate interno con poses contestatarias, desde órganos de prensa extranjeros”. No dice Otero lo más importante, o tal vez lo más doloroso: que fue Carlos Aldana, su antiguo padrino, el que las dijo en el discurso de clausura. Fogel y Rosenthal revelan que en ese discurso Aldana también pidió a los asistentes, citando la Biblia, “ser benevolentes frente a uno de ellos, Lisandro Otero” (p. 625). Sólo que para entonces, según los mismos autores, muchos de esos mismos asistentes ya pensaban que Aldana también “trataba de limpiarse”. Poco después, *Aldanov* caería destituido en un bizantino caso de corrupción. El Partido lo expulsa el 24 de octubre. Para entonces, ya Otero no vivía en Cuba. “En junio”, suspira, “pude salir del país”.

IV

*Si on l'avait seulement écouté,
ce mot qui commence comme reve et finit comme destruction.*

Régis Debray

No es descabellada la hipótesis de que Otero fue traicionado por las mismas fuerzas que él aprendió a servir. Fue el mismo caso de Arnaldo Ochoa, un año después, devorado por los leones tras su abyecta confesión. Mejor dicho: es el mismo caso de siempre. Después de destituido de la

presidencia de la UNEAC, Otero no cejó en buscar el poder y encontró, a los cuatro años, una oportunidad, acaso sugerida por el propio Aldana, para echarle una mano a una crisis del régimen. Ni él ni Aldana pensaron que los tiros saldrían por la culata. Mucho menos que ellos mismos eran la carnada. Después de echada esa suerte, sólo quedaban dos opciones: quedarse atrapado, como Aldana, o escapar, como Otero. Sólo que Otero, funcionario menor, siempre podía alegar, como de hecho ha ocurrido, que lo que debería cambiar en Cuba “eran los funcionarios, no los dirigentes”, y que él no rompería “sus vínculos con la revolución, pese a las coyunturas propiciatorias a un desgajamiento”. Por eso, una vez que conocemos estas memorias, ¿quién quita que este dirigente no pueda cosechar éxitos aún mayores en su futura carrera?

En un final, el caso de Otero interesa menos por sus pormenores que por las preguntas que plantea. A saber: ¿Podemos creer a un intelectual con semejante comportamiento? ¿Puede construirse una política a partir de la radical ‘desubicación’ que practica su texto? ¿Puede lograrse, como al parecer él mismo desea, la “generosa conciliación” de la mancomunidad cubana habiendo mutilado la memoria histórica como él lo hace? Para afirmar estas respuestas haría falta asumir una responsabilidad que Otero todavía desconoce. Y aún más, abandonar la premisa que atraviesa su carrera y su memoria: la persistencia de la Utopía. La escribo con mayúscula para resaltar su carácter mítico y, por tanto, manipulable. No la confundo con los valores de generosidad, caridad y fraternidad que a muchos nos interesan. Ni tampoco con la subordinación de la historia y, sobre todo, de vidas de carne y hueso, a justificaciones huecas y, casi siempre, sangrientas.

Debe ser triste, en efecto, llegar a “los años de la declinación” y descubrir que se ha malgastado la vida negando la realidad. Por eso, lo dejo recordando un viejo refrán: *más vale tarde que nunca*. Y también con un aviso, hoy por cierto muy de moda en Cuba: *No es fácil*. □